

UN AMOR PARA TANJA

[EDURNE MAIONA]





Primera edición: de 2023
© Copyright de la obra: Edurne Maiona
© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions
Código ISBN: 978-84-127417-0-4
Código ISB digital: 978-84-127417-1-1
Depósito legal: B 16551-2023
Corrección: asier maia anabitarte
Diseño y maquetación: Edurne Maiona
Imagen de contraportada: Kepa Herrera
Edición a cargo de M^a Isabel Montes Ramírez
©Angels Fortune Editions
www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

Un amor para Tanja

Edurne Maiona

A mis hijas, Adriana y Erika, mis grandes maestras.

A las luciérnagas que alumbran mi camino.

Prólogo

Serbia, otoño 2002
Morović

La camioneta frenó bruscamente y las dos niñas que se habían escondido en la parte trasera, bajo un toldo lleno de harina, se abrazaron aterrorizadas. Las voces les llegaban nítidas desde el exterior. Eran gritos y amenazas contra el panadero, conductor y dueño del vehículo.

El portón de carga se abrió. El roce de suelas de zapato contra la superficie metálica llenó el cubículo. Las niñas se apretujaron una contra otra conteniendo la respiración.

El tipo que había subido a la trasera de la camioneta escupía monosílabos a las preguntas de los otros, los que se habían quedado abajo. Imposible saber cuántos eran.

El toldo se levantó bruscamente.

—Aquí están —gritó el hombretón.

La niña mayor clavó sus pupilas en las del hombre, un gigante armado con un rifle de asalto. La mirada del tipo era entre amenazadora y divertida.

—¡Déjanos en paz! —exclamó la cría.

Tendría unos once o doce años y despuntaba ya una belleza salvaje. La pequeña rondaría los nueve. Se parecían mucho las dos. Morenas, de ojos oscuros, casi negros, desafiantes los de la mayor.

—¡Bájalas! —ordenó alguien.

El tipo se colgó el arma en bandolera y cogió de las muñecas a las niñas, a cada una con una mano, levantándolas en el aire cual longanizas.

La pequeña soltó un agudo chillido, que no paró hasta que su captor la soltó, dejándola caer al suelo como un saco de patatas desde la plataforma del vehículo.

Cuatro hombres más, todos jóvenes, se arremolinaron alrededor de la niña. Las rodillas le sangraban por el golpe contra el camino de gravilla. También tenía una palma herida a causa de haberla usado para amortiguar la caída. Ninguno pareció sentir pena por ella.

—¡Ahí va la otra! —gritó el de la camioneta lanzando a la niña mayor sin miramientos.

La chiquilla rodó hasta los pies del único hombre del grupo que no iba armado. Éste la alzó cogiéndola con rudeza del cuello de la blusa, decorada con diminutas mariquitas rojas.

La pequeña lloraba angustiada a pocos metros, y sorbía los mocos. De pronto, se levantó con una agilidad inesperada, teniendo en cuenta lo magullada que estaba, y echó a correr muy deprisa en dirección al puente Draginja.

No fue lo suficientemente rápida. El hombre que no llevaba arma se la arrebató al de su derecha, amartilló y apuntó.

La niña mayor abrió los ojos espantada al comprender lo que estaba a punto de suceder. De su boca salió un grito:

—Nooo...

Dio varias zancadas a gran velocidad y se plantó delante del fusil, antes siquiera de que el proyectil saliera del cañón.

La fuerza del impacto lanzó el menudo cuerpo hacia atrás. La cabeza y los brazos de la niña rebotaron al golpear el suelo. Luego, se quedó inerte.

Si algún vecino de las casas colindantes oyó el disparo, no se notó. Ninguna ventana se abrió, ningún visillo se movió, ninguna voz se elevó.

Jamás habría testigos de aquel crimen.

Miedo

Todo lo que quieres está al otro lado del miedo.

Jack Canfield

Ensayista, historiador y orador estadounidense.

Serbia, enero de 2012

Belgrado

Notó los dedos, hábiles, seguros, desabrochar el primer botón de su blusa blanca; luego, el segundo y, muy lentamente, los demás. Cuando los miró, los ojos de su acompañante rezumaban deseo y ternura. Al deseo estaba acostumbrada, a la ternura no.

Su nombre, Tanja, dicho por aquellos labios, con aquella voz rota y grave, sonó diferente, como nunca lo había oído antes.

Se dejó amar. Y amó, abiertos su corazón y su cuerpo como lirios que ofrendasen su fragor a su particular diosa. Esa noche descubrió que el éxtasis amoroso no era una leyenda, que había besos que sabían a mar y a sol y a hierba recién cortada y a aire fresco de montaña. Y a libertad... Sobre todo, a libertad.

Tanja lanzó un profundo suspiro y susurró, con la mejilla apoyada en la espalda de la figura tumbada a su lado, mientras le lamía el lóbulo de la oreja:

—¿Cómo lo has hecho...? Me ha parecido, no sé... que tenías ocho manos.

Su amante soltó una risa fresca, alegre, contagiosa.

—Con algo de flexibilidad, bastante imaginación y mi condición natural de bicho raro —contestó todavía riendo.

Tanja le besó suavemente en la comisura de la boca.

—Sabes a tarta de limón —susurró, y siguió pasándole la lengua por los labios.

Despacio, muy despacio, sin prisas, como si aquel instante fuese la eternidad.

Para Tanja lo era.

La boca de su amante se pegó a la suya. Las dos lenguas se entregaron a una danza sensual de reconocimiento, al principio con roces lentos y suaves, luego cada vez con más ímpetu. La de Tanja buscó el paladar en la otra boca,

recorrió los dientes con la punta, mientras sentía el peculiar sabor a limón de la saliva ajena inundando todo su ser.

—Amane... —gimió.

La palma de Amane acarició su pecho izquierdo y luego pellizcó suavemente su pezón, que de inmediato se puso erecto, mientras los dedos de la otra mano rozaban la piel

de su vientre provocándole un hormigueo que le llegó hasta el sexo.

Las manos de Amane siguieron recorriendo su cuerpo sin premura, casi con indolencia: la que estaba en el vientre, se deslizó hacia su costado derecho y se dirigió a su nalga, para luego transitar por el exterior de su muslo antes de pasar al interior y subir hasta la ingle. Se entretuvo allí en una serie de caricias que se fueron acercando a su vulva muy lentamente, como si fuese capaz de confluír movimiento y estática en un mismo punto; a la par, la otra mano masajeaba sus pechos con fuerza, pero delicadamente, y la lengua ensalivaba su cuello, su oreja izquierda...

Amane acompañaba sus caricias con palabras que Tanja no entendía, aunque su forma de decirlas, su dulzura, excitaban a Tanja tanto como el juego erótico de sus manos.

Sintió palpitar su clítoris, bum, bum, bum, convertido en su segundo corazón...

—Aaah —gimió de nuevo, con la respiración entrecortada y la voz en un susurro que asemejaba a un aullido grave.

El placer iba in crescendo. Como en una sinfonía orquestada de forma magistral, en la que los instrumentos eran las manos y la lengua de Amane interpretando la partitura escrita en el cuerpo de Tanja.

Un ruido metálico se inmiscuyó en su sueño. En él, Amane caminaba entre los cantos del río Anduña, cuyo cauce apenas llevaba agua. Sobre su cabeza, el arco del puente medieval hablaba de historia, y sus piedras parecían retumbar con los cascos de los caballos de épocas pasadas. Tenía diez años de nuevo y estaba jugando al escondite con su primo Joseba, allá en su Otsagabia natal.

El chirrido a metal se repitió. Parecía seguir algún tipo de ritmo.

No quería despertarse, se sentía feliz con diez años, escondida debajo del puente de piedra. Sin embargo, el persistente sonido acabó por conseguir que abriera los ojos.

En los últimos tiempos soñaba mucho con su infancia. Tenía que haber alguna razón. Apuntó mentalmente llamar a *izeba*¹ Bera para que le echase las cartas.

La habitación estaba en penumbra y Amane apartó el edredón, salió de la cama y se dirigió a la ventana hincando con fuerza en el suelo los talones descalzos. Acto seguido

levantó los estores, opacos por la suciedad. Mientras los subía prestó atención al ruido. Se oía muy cerca. Hizo una barrida visual más allá de los cristales. Al otro lado de la calle, uno de los laterales de un cartel que exhibía una modelo en braga y sujetador, se bandeaba arriba y abajo con cada envite del fuerte viento.

Así que era eso.

—Es lo que pasa por querer ahorrar, acabas en un hotelucho —se explicó a sí misma.

Sin pensarlo más, desconectó de todo lo que le rodeaba y se tiró en plancha sobre la cama, haciendo caso omiso al ulular del aire y sus estragos. De pronto, se dio cuenta de que estaba desnuda. Y sola.

—¡Tanja! —llamó.

¹ Tía.

Le contestó el chirriar del cartel.

Saltó de la cama y se dirigió al baño. Vacío. Al regresar al dormitorio vio los billetes sobre la mesita. No se había fijado hasta ese momento. Los cogió despacio y fue depositándolos uno a uno sobre la madera desgastada, en el mismo punto exacto donde habían estado un momento antes. Doscientos euros.

¿Por qué la chica los habría dejado allí? ¿Un olvido? Lo dudaba. Nadie se olvida de cobrar su trabajo.

¿Había sido un trabajo?

—Tanja... —musitó, evocando la figura esbelta de la muchacha.

Parecía muy tímida. Su mirada, de pupilas marrón oscuro, casi negro, rezumaba tristeza... Amane no había podido evitar sentirse atraída por ella, por esa languidez de su cuerpo menudo que, aun dedicándose al oficio más antiguo del mundo, mantenía una inocencia y una pureza inusual. La sorpresa por cada caricia, como si la descubriera por primera vez; la avidez con que había respondido a cada uno de sus besos; el temblor eléctrico ante sus miradas de deseo, ante sus frases tiernas... A pesar de que no las entendiera.

Habían comenzado hablando ambas en inglés, pero en la intimidad de una cama, Amane siempre usaba su lengua nativa, el euskera. *Bihotza, polita, zeruko argia*², habían sido algunas de las palabras susurradas al oído de la joven con la que había pasado la noche.

¿Por qué se había entregado tanto?

—¡Joder! —soltó de pronto Amane—. ¡Joder, joder, joder!
—repitió mientras se vestía y cogía su cazadora—. ¡Mierda!
¿Cómo puñeta me ha pasado?

No podía creerlo. ¡Se había enganchado de una desconocida! Tenía que encontrarla. Abrió la puerta y salió cerrando de un portazo.

El miedo la tenía paralizada. El miedo, siempre presente en su vida. El miedo, agazapado en las esquinas de su mente, esperando el momento para actuar, el miedo, señor de la noche y el día; el miedo habitando cada molécula de su cuerpo, cada partícula de su sangre, cada soplo de aliento en su respiración.

El miedo...

Debía ir a entregar la recaudación de la noche, pero no se atrevía. Las noches solo podía pasarlas con quien *Masnoće*³ decidiera. Y sus disposiciones resultaban imprevisibles muchas veces. Aunque normalmente eran clientes con los que quería cerrar tratos ventajosos, había también algunos peces gordos de la policía o la magistratura, tipos que era muy conveniente que miraran para otro lado en determinados momentos. Por eso Masnoće les concertaba encuentros con ella de vez en cuando.

En esas ocasiones la envolvía para regalo, con vestidos carísimos, y la hacía subir en su limusina negra de tres metros de largo. Tras indicar la dirección a Radovan, su hombre de confianza, la enviaba directamente al infierno, donde los demonios, esos tipos depravados que usaban su cuerpo causándole dolor, humillación y miedo, eran los dueños de su destino durante las horas que estaba con ellos.

Tanja salía de esos encuentros con marcas en el cuello hechas por manos cuyas uñas lucían manicura de salones exclusivos, cortes más o menos profundos causados por pequeños y afilados cuchillos, magulladuras debidas a los golpes recibidos, y un millar de erosiones imperceptibles, pero profundísimas, en el alma.

Eso sí, nunca le tocaban la cara. Se les daba instrucciones precisas sobre eso: prohibido devolverla con lesiones en la cara o con fracturas. Al día siguiente tendría que seguir cebando la caja registradora de Masnoće, y en caso de estar demasiado dañada, resultaría un producto sin valor. Amén de

que cuando Masnoće la reclamaba en su cama, la quería con el aire de una virgen.

¡Qué ironía!

Al fin, Tanja decidió moverse, levantarse del banco de piedra en el que llevaba horas sentada, y caminar hasta el cuartel del clan Bursać, del cual Damir, su tío, más conocido como Masnoće, era el jefe.

No quería ir. No quería...

³ *El gordo*

Anduvo con pasos lentos en dirección a la calle Simina, tiritando de frío bajo el abrigo mojado. Hacía rato que había dejado de llover, aunque su ropa seguía empapada. El chaparrón la había pillado sentada en aquel banco del barrio Skadarlija, del cual no se había movido en horas. Las primeras gotas, gruesas y frías, se habían mezclado con su llanto, caliente y salado.

El pelo le goteaba como un tejado sin alero, las piernas le temblaban y el pecho le dolía igual que si le hubieran clavado un hierro candente. Pero no sólo le dolía la piel o la carne, no. El dolor abarcaba mucho más, era interior, profundo, y llegaba hasta un lugar que le resultaba imposible definir.

Por suerte había logrado esquivar la férrea vigilancia de Radovan, o *Ludi*⁴ como le llamaban todos. Él y sus hombres eran los encargados de que las chicas cumplieran con lo que se esperaba de ellas en los prostíbulos y en las esquinas callejeras: vender sus cuerpos a los mejores postores y amontonar billetes para enriquecer a la familia Bursać que, en definitiva, era enriquecer a Masnoće.

Tanja no tenía claro cómo había acabado en brazos de aquella turista de nombre suave, aterciopelado. Aquella mujer de idioma extraño cuyas palabras podían llegar a sonar a puro amor.

¿Amor? ¿En serio pensaba en el amor? Qué sabía ella del amor, si solo conocía el dolor del sexo brutal, de las vejaciones, de las violaciones a las que era sometida diariamente.

Y, sin embargo, intuía que lo vivido la noche anterior seguramente se acercaba mucho al amor.

Se tapó la cara con las manos en un gesto de desesperación y, al hacerlo, tropezó con alguien.

—Lo siento... perdón —se disculpó con voz trémula.

Entre las rendijas que dejaban sus dedos, Tanja pudo distinguir las perneras de un traje y unos zapatos negros, lustrados y brillantes.

La joven levantó la vista. El miedo le cortó la respiración. Otra vez el miedo, su eterno compañero. Quiso dar media vuelta y echar a correr, pero no le dio tiempo. La manaza del tipo la atenazó por el brazo, impidiendo que se moviera.

⁴ *El loco*

—Ra... Radovan —tartamudeó.

Un coche oscuro paró a su altura, pegado a la acera. Radovan llevó a Tanja casi en volandas hasta él y la metió en el interior sin miramientos, empujándola contra el asiento trasero.

Luego se sentó a su lado.

—Arranca —ordenó al conductor.

El vehículo se puso en marcha, dirigiéndose hacia el Bulevar Bojvode Putnika.

Tanja tembló, y no por el frío de su ropa mojada. Era consciente que en poco más de quince minutos tendría que vérselas con su tío Damir, el implacable jefe del clan Bursać.

Apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas. No notó que se abría la piel. Lo que sí notó fue una especie de bilis subiéndole por la garganta, así como un latigazo de terror acuchillándole el esternón.

No había vuelta atrás.

Un brusco temblor la recorrió de pies a cabeza.



Skadarlija, el barrio bohemio de Belgrado, bullía de gente a todas horas, pero era al anochecer cuando sus calles se llenaban realmente de vida. Los turistas pintaban de un colorido inusitado las terrazas de tabernas y restaurantes.

Las farolas se encendieron al paso de Amane por la calle Skadarska, camino del hotel en el que se alojaba. El mismo en el que había pasado la noche con aquella joven prostituta a la que había contratado por doscientos euros la hora, y que luego se había quedado hasta el amanecer. Y que, además, se había ido sin el dinero.

Tanja... ¿Sería ese su nombre real? Descubrió que no le importaba.

—¿Dónde te has metido? —dijo entre dientes.

Apenas la conocía de hacía unas horas, y ya la echaba en falta como si hubiera estado con ella media vida.

Inhaló con fuerza y los aromas que impregnaban el aire le abrieron el apetito. Oía a guiso de carne, a fritos y especias. Se paró delante de un restaurante del que salía una música alegre y briosa. Como no entendía los carteles, le dio igual el nombre del local. Entró y preguntó en inglés si disponían de mesa para uno.

Tuvo que esperar unos minutos antes de que la ubicaran en una coqueta rinconera, cuyo centro estaba adornado con un jarroncito lleno de flores frescas y una vela azul.

Tras cenar y disfrutar de la alegre música de violines y acordeones en directo, Amane se retiró a la habitación de su hotel. Necesitaba descansar. Llevaba todo el día de aquí para allá, sin rumbo, buscando a la muchacha de ojos tristes. No había tenido suerte y era consciente de que debía abandonar la búsqueda. A primera hora del día siguiente estaba obligada a coger un avión de regreso a casa y a su vida.

Aquel viaje había sido un paréntesis, una breve desconexión de la rutina.

Y una aventura en toda regla.

Una vez en el hotel, se dio una larga ducha con agua muy caliente, jabonándose despacio, disfrutando del momento. Luego se acostó y puso la tele. Como no entendía nada, la apagó y abrió el libro que estaba leyendo: El sueño de Valentine, de una autora donostiarra, Maite R. Ochotorena.

—Estoy como tú, Valentine. Yo tampoco sé qué quiero ser. No al menos, en este momento —se dijo en voz alta, echando hacia atrás la cabeza y cerrando los ojos.

Despertó al amanecer, con la espalda dolorida y el cuello agarrotado. El libro descansaba, cerrado, sobre el edredón.

Consultó su reloj de muñeca.

—¡Las seis y media! ¡No llevo! —exclamó.

Su avión salía a las ocho y cuatro.

Metió a toda prisa lo poco que le quedaba de recoger en su vieja mochila, se aseó y bajó a recepción. No había nadie. Por suerte, la centralita de taxis atendía en inglés. Y eran competentes. A los cinco minutos estaba subida en un taxi camino del aeropuerto Nikola Tesla.

En cuanto se acomodó en el asiento trasero del coche, Amane exhaló un fuerte suspiro, liberando así toda la tensión acumulada.

Al menos iba a llegar a tiempo de coger su vuelo.

El Grand Coupé azul cobalto se paró delante de la puerta de la mansión Bursać. Tanja apretó los dientes con fuerza. La respiración se le aceleró y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Vukasin, el más joven de los sicarios de su tío, abrió la puerta trasera y le ofreció una mano para que se apoyase. Tanja la rechazó con un gesto de la cabeza, apenas perceptible, y una mueca de labios temblorosos que no llegó a sonrisa.

No tuvo tiempo de reaccionar. Las piernas se le volvieron de gelatina, las rodillas le fallaron, la luz matinal se convirtió en oscuridad y se desplomó igual que una muñeca de trapo.

Despertó en una de las habitaciones de invitados. Una en la que ya había estado. Con un juez, si no recordaba mal. Tošić. Sí, eso, Željko Tošić. Sabía el nombre porque lo había visto en los diarios que recibía su tío cada mañana. Estaba escrito en letra pequeña al pie de una foto en la que aparecía el juez junto a su hija vestida de novia.

Seguramente su tío la había entregado aquella vez en pago por la “buena voluntad” del juez ante algún caso que implicaría a la familia Bursać. Así, de paso, lo tendrían comprado para el futuro.

La boca de Tanja hizo una mueca de asco sin que ella lo pretendiera. «Bueno, chica, por lo menos estás sola y tienes toda la cama para ti» se dijo, dando media vuelta bajo el suave y confortable edredón.

Un ligero sopor la estaba envolviendo cuando la puerta se abrió y entró Jelena, la doncella. Portaba una bandeja con bollitos, zumo y café, que dejó sobre la mesita de noche.

—Buenos días. Tiene mejor color esta mañana —dijo con una sonrisa amplia y sincera—. Menudo susto nos dio ayer.

Jelena era una mujer de formas generosas y cara rubicunda. Llevaba trabajando en la casa desde siempre. A Tanja le recordaba esas abuelas dulces que, a veces, veía pasear con sus nietos por la calle. Siempre la trataba con amabilidad, hasta casi con cariño podría decirse.

—¿Ya se ha despertado la consentida de la casa?

De pronto, el aire se cortó.

Tanja dio un respingo al reconocer la voz.

—Tía Milica... —balbuceó, a la par que todo su cuerpo se tensaba.

Le hubiera gustado desaparecer.

—Déjate de formalidades, mal bicho. Que a mí tú no me engañas. Lo que pretendes es vivir a cuerpo de rey a cuenta de la familia. Lo primero, yo no soy tu tía. Y lo segundo, no quiero serlo.

Mientras hablaba, Milica le quitó la bandeja a Tanja, que apenas había empezado a desayunar, y se la tendió a Jelena.

—Llévate esto —le ordenó—. Esta vaga lo que tiene que hacer es volver al trabajo para ganarse el pan que come.

Dos toques en la puerta hicieron volverse a Milica, a la que se le iluminó el semblante al ver a su marido.

—Querido... —empezó a decir.

—¡Déjanos! —fue la tajante respuesta de Damir Bursać.

—Pero...

Damir esbozó una sonrisa llena de cinismo.

—Que salgas... querida —pidió con una agresividad disfrazada de cortesía, borrando de inmediato la alegría del semblante de Milica.

Luego, dirigiéndose a la doncella, le hizo un elocuente gesto indicándole que volviera a acercar la bandeja a Tanja.

—A partir de ahora estarás bajo mi tutela personal. No volverás a pisar ningún local, ni saldrás sin mi permiso. Y ahora, come y recupérate. Tienes que estar fuerte para recibir la marca que voy a adjudicarte. Serás la única que la lleve. Puedes considerarla digamos... un regalo.

Dicho lo cual, Damir se dirigió a la puerta con evidente intención de salir del cuarto. Cuando estaba a mitad de camino, se giró exhibiendo una de sus mejores sonrisas.

—¡Ah! Casi se me olvida —se frotó la barbilla y luego metió las manos con estudiada indolencia en los bolsillos del pantalón—, la semana que viene nos vamos de viaje. Vete preparando la maleta —añadió.

Y se fue sin decir nada más, dejando a la joven perpleja. ¿Recibir la marca? ¿Qué había querido decir su tío con aquello?

Un ramalazo de inquietud atravesó el pecho de Tanja.

Damir Bursac perdió la sonrisa en cuanto atravesó la puerta del dormitorio. Estaba realmente cabreado con Tanja, pero no

podía castigarla sin castigarse a sí mismo. La amaba, tenía que reconocerlo. De una forma un tanto enfermiza y retorcida, pero la amaba. Por un lado, le gustaba hacerla sufrir entregándola a sus influyentes, adinerados y depravados clientes, sabiéndola víctima de sus caprichos. Por otro lado, le comían los celos imaginándola en brazos ajenos.

En Tanja habitaban las dos hermanas, la viva y la muerta. Vesna... La boca se le llenó de un sabor acre y pastoso.

«¡Ahora no!» se dijo. No era momento de recuerdos amargos, sino de acción. Después de todo, aún le quedaba Tanja. Se centraría en ella, y en lo que de Vesna había en su piel. No sin antes marcarla, quería que todo el mundo supiera a quién pertenecía. La primera, la propia Tanja. ¡Y vaya si iba a enterarse!

Se dirigió hacia su estudio con determinación, eliminados ya de su mente los malos momentos del pasado. En el pasillo estaba Milica, su esposa, con los brazos cruzados y el reproche a punto de saltar contra él desde sus bonitos ojos azules.

Era una belleza autóctona. Metro setenta y dos, cincuenta y cuatro kilos, melena rubia natural y curvas de derrape. Damir se sentía satisfecho con la elección. Resultaba muy decorativa en las fiestas y eventos. Además, le había dado un heredero. Y la niña, claro, su particular princesita...

—Tenemos que hablar —le abordó Milica.

—Dirás que tienes que hablar tú, querida —contestó él con sarcasmo.

—Quiero a esa putita fuera de mi casa.

Damir agarró la muñeca de su esposa y la apretó con fuerza a la vez que acercaba su cara a la de ella hasta casi rozarla.

—Me da igual lo que tú quieras. Y esta no es tu casa. Que te quede claro... querida.

El tono en el que se dirigió a Milica fue duro como una piedra. Notó con satisfacción que el reproche daba paso al temor en su envidiosa mirada. La soltó y siguió caminando por el pasillo como si nada.

—¡Estúpida mujer! —murmuró.

Cuando entró en el estudio, Radovan estaba esperando junto con otro hombre que no conocía, aunque sabía a ciencia cierta quién era.

—¡Ludi! —saludó a su hombre de confianza, llamándolo por su apodo y dándole una palmada en el hombro.

—Masnoće —respondió el otro con una corta y rápida inclinación de cabeza, un gesto casi militar.

—El señor Iñaki Agirre —presentó Radovan pronunciando el nombre con dificultad.

Damir saludó cortésmente a su futuro colaborador con un apretón de manos. Acto seguido le invitó a sentarse ante un opíparo desayuno.

«Hay mucha demanda de carne fresca en las capitales de ese país tuyo, y tú me vas a ayudar a distribuirla» pensó Masnoće mientras cogía una jarra con zumo de naranja, lo servía en dos copas y le tendía una a su invitado.

—Señor Agirre, creo que vamos a hacer grandes negocios juntos —le dijo en perfecto inglés con una aviesa sonrisa.

Por supuesto, pronunció mal el apellido.

Acto seguido, dio un gran bocado a un croissant y bebió un largo trago de humeante y espeso café.

ACERCA DE LA AUTORA



Nacida en Bilbao, el 5 de agosto de 1959. En la actualidad reside en Bastida, emblemática villa de Rioja Alavesa.

A los diez años fue premiada en un concurso escolar por el cuento corto *El amigo de Bambi*. Ganó un accésit en el V certamen de Teatro Breve de Santurtzi (Bizkaia) en 1987, con *Don Orlando Furioso*.

Ha escrito 19 cuentos personalizados, además de haber publicado en antologías junto a relevantes autores y autoras.

Su poesía ha sido editada en revistas de contenido práctico y cultural enfocadas para la mujer actual.

En este momento tiene en su haber 7 libros autopublicados. Su primera novela, *El corazón de la leona*, juvenil y de corte fantástico, fue seleccionada en los Premios de Euskadi 2016, en modalidad de castellano; así mismo, ha sido utilizada en un hospital infantil de oncología de Anchorage y en una clínica de Seattle como libro de terapia.